vinetur

Cuatro rincones de Menorca para disfrutar de los atardeceres otoñales del Mediterráneo

Los faros de Cavalleria, Favaritx y Punta Nati, junto a Monte Toro, ofrecen cuatro escenarios para contemplar los atardeceres de Menorca en otoño

lunes 23 de noviembre de 2026

ESCRITO POR RITA





Cuando el otoño descuelga su calma sobre Menorca y los ecos del verano se apagan en la quietud de los caminos, la isla recupera su lado más auténtico. Es entonces, con el horizonte despejado y el murmullo del mar como única banda sonora, cuando contemplar el atardecer se convierte en un ritual que, por momentos, es hasta mágico. Aquí, en el primer rincón de España donde se despide el día, la luz se tiñe de ocres, naranjas profundos y violetas delicados sobre acantilados esculpidos por la Tramuntana. Lejos de las prisas, el atardecer menorquín en otoño es una invitación a olvidarse del reloj.

Enmarcado por la naturaleza más salvaje que ha moldeado el viento del norte, el Faro de Cavalleria alza su silueta sobre acantilados de vértigo. Cuando la tarde declina, el sol se funde con el mar en un espectáculo maravilloso. Si la mar acompaña en calma,

es fácil vislumbrar el perfil pausado de un llaut —la embarcación tradicional de la isla— deslizándose silencioso hacia el refugio del puerto de Sa Nitja. Un paisaje donde la soledad del acantilado regala una paz difícil de encontrar en otra parte del Mediterráneo.

Adentrarse en el Parque Natural de s'Albufera des Grau conduce hasta el Faro de Favaritx, un enclave que parece sacado de otro mundo. Su estampa blanca y azul rompe sobre un lienzo de pizarras oscuras y piedras de tonos lunares, desgastadas por el paso de los elementos. Ver caer la tarde aquí es asistir a una transformación silenciosa: mientras el cielo se enciende con los últimos rescoldos del día, la linterna del faro comienza a barrer el horizonte, creando una estampa de película.

Al otro extremo de la isla, custodiando la costa más occidental muy cerca de Ciutadella, se alza el Faro de Punta Nati. Testigo silencioso de naufragios históricos y flanqueado por antiguas construcciones militares, este rincón venteado ofrece una perspectiva infinita. En las tardes diáfanas, la silueta de Mallorca se adivina al fondo, recortada contra un cielo de tonos rojizos que se apagan lentamente. Conviene llegar con tiempo, caminar sin prisa entre la piedra seca y buscar un recodo donde el atardecer se viva a flor de piel.

Para quienes buscan la perspectiva definitiva, Monte Toro (el punto más alto de Menorca a 358 metros de altura) despliega un balcón panorámico de 360 grados. Desde este refugio místico, coronado por el santuario de la patrona insular, el atardecer se contempla desde una dimensión casi aérea. La isla se extiende a los pies como un mapa verde y azulado mientras el sol se retira tras el horizonte, dejando un reguero de calma absoluta que impregna cada rincón.

Menorca en otoño merece su espacio y su tiempo para recorrerla de forma pausada. Y ver cómo el día se apaga en sus faros y cumbres es la mejor prueba de que los paraísos más puros son los que aún saben guardar silencio.

Más información: www.menorca.es